

RESEÑAS

Miguel Herráez. *Julio Cortázar: el otro lado de las cosas*. Valencia: Instituto Alfonso el Magnánimo, 2001; 298 pp.

De acuerdo con una nota de la solapa, ésta es “la primera biografía *completa* de [Cortázar –las cursivas son mías] que se publica en España”, con lo que medio se descalifica la de Mario Goloboff, publicada por Seix Barral (Buenos Aires, 1998); y la verdad es que Miguel Herráez aclara algunos puntos que Goloboff no atendió debidamente, como la relación de Cortázar y Aurora Bernárdez.

Según Mario Goloboff, esa relación “había sido intensa desde el primer momento en que se conocieron y encontraron fuertes afinidades, sobre todo intelectuales” y “Cuajó, fundamentalmente durante los últimos meses que Julio estuvo en Buenos Aires” (98), pero Herráez escribe que Cortázar conoció a Aurora en 1948, y que no sólo fue su esposa, sino “un alma gemela”, y cita un texto de Vargas Llosa en que éste asegura que conoció en París a la pareja y que “se pasaban los temas el uno al otro como dos consumados malabaristas y con ellos uno no se aburría nunca. La perfecta complici-

dad, la secreta inteligencia que parecía unirlos... su simpatía, su compromiso con la literatura –que daba la impresión de ser excluyente y total– y su generosidad para con todo el mundo” (99).

Aunque Goloboff menciona que Aurora Bernárdez tradujo a Calvino y otros escritores, la cita de Vargas Llosa es la que realmente permite comprender cómo funcionaba la pareja. Obviamente, Goloboff no leyó ese texto que Vargas Llosa escribió como introducción a una edición española de los cuentos del cronopio, publicada después de su biografía, y tampoco pudo leer las *Cartas* publicadas por Aurora Bernárdez. Y esto explica que incurriera en algunas inexactitudes, que la nueva biografía nos revela sin proponérselo. Por ejemplo, Cortázar no cobró a principios de los sesenta quince mil dólares por traducir los cuentos completos de Edgar Allan Poe, ni se compró con ese dinero el granero de la Place du Général Beuret, donde aún vive Aurora Bernárdez, pues según Herráez sólo le pagaron tres mil dólares, y no por la traducción de los cuentos, sino de toda la obra narrativa y ensayística del escritor americano.

Cortázar había conocido en

Buenos Aires a un exilado español, Francisco Ayala, y éste le encargaría la traducción, varios años después, a nombre de la Universidad de Puerto Rico. Cortázar comenzó a traducir en septiembre de 1953 y no cobró sino en septiembre de 1954, pero la pareja dejó la piecita de la calle Gentilly donde vivía, vendió la Vespa —en que Cortázar se accidentó— y se fue a Roma en septiembre del 53, y no en abril como asegura Goloboff. No volvieron a París, sino en agosto del siguiente año —y no en agosto del 53 como asienta Goloboff— para instalarse en un dos piezas de la calle Mazarine. Además, Aurora Bernárdez y Cortázar se casaron en París el 22 de agosto del 53, *antes* del viaje a Italia y no después.

En general, Miguel Herráez registra con mayor precisión los movimientos y los cambios de domicilio de la pareja, que luego se mudó al 91 de la calle Broca y al 24 de la calle Pierre Leroux (114) antes de instalarse en el pavillon de la Place du Général Beuret, pero no aclara cómo encontraron el granero, ni amplía lo que sobre la remodelación había contado ya Goloboff, es decir, que “una vez arreglado y acomodado por la arquitecta argentina Angelina Camicia, se convirtió en un departamento de tres niveles, en uno de los cuales, con vista al jardín interior, instaló Julio su cuarto de trabajo” (123). En cambio, sí cuenta que posteriormente “compraron una pequeña casa con dos mil metros de tierra situada en la región de la Vaucluse, en el pueblito de Saignon, apenas con doscientas almas registradas y a unos 80 kilómetros de Marsella” (183).

Tal vez Herráez obtuvo mucha información de las *Cartas* publicadas por Aurora Bernárdez, pero al parecer ella colaboró más decididamente con él y le permitió tomar fotos del granero. Además,

ella aparece retratada con Herráez en una foto que orienta la lectura, porque si ésta no es una biografía oficial, por lo menos sí me parece una biografía autorizada.

Por ejemplo, Cristina Peri Rossi sospecha que Cortázar se infectó del virus del VIH en el hospital de Aix-en-Provence, donde le hicieron varias transfusiones de sangre, y un eco de esto se oye también en la biografía escrita por Goloboff; pero Herráez aclara que la causa de la muerte, avalada por los médicos que atendieron al escritor, fue “leucemia mieloide crónica” (262). Antes, menciona que Carol Dunlop murió a causa de “una rara afeción que parecía proveniente de un problema óseo” y que al final quedó registrada como “aplasia medular”, con lo que deja espacio para todo tipo de conjeturas.

Por supuesto, Herráez no menciona para nada “los más diversos rumores” registrados por Goloboff “sobre supuestas operaciones quirúrgicas, tratamientos andrológicos y curas similares, que se habrían llevado a cabo en la Unión Soviética, en Suiza, en Inglaterra”; ni “el tratamiento hormonal que le permitió al final de sus años pasar del lampiño que había sido siempre al barbudo de los últimos tiempos” (169), ni los rumores que persiguieron a Cortázar desde que trabajaba en Chivilcoy sobre “una enfermedad que le impedía madurar físicamente, una deficiencia genética que lo hacía crecer sin límites”, según anota Emilio Fernández Cicco en *El secreto de Cortázar* (Buenos Aires: Belgrano, 1999).

En suma, me parece que, a pesar de todo, Goloboff se acerca más a la biografía moderna que se caracteriza, según André Maurois, por la búsqueda apasionada de la verdad. Además, me parece que Herráez olvida a veces que para un

biógrafo el centro está ocupado por la persona cuya vida quiere contarnos y que “los acontecimientos deben girar a su alrededor”, pues en algún momento se pone a darnos clases de historia contemporánea y se olvida de Cortázar.

Juan José Barrientos
Universidad Veracruzana, Jalapa